

# NO LE PREGUNTES A LA LLUVIA

Esteban era un hombre con los ojos verdes y el alma gris. Tenía la tez pálida de no haber tomado el sol desde hacía años. En los bolsillos llevaba las llaves del coche, la cartera y numerosos fracasos personales de los que necesitaba desprenderse. El paso del tiempo aún no había decidido qué hacer con el pelo de su cabeza pero en su mente, desde luego, ya había hecho demasiados destrozos. Era martes por la tarde y no dejaba de llover. Las nubes llevaban dos días sin dar tregua a la ciudad y a sus transeúntes, que hacían auténticas maravillas para lidiar con el tráfico de aquella jungla despiadada. Las calles se habían transformado en escenario de un mortecino desfile de paraguas de diversos colores en los que predominaba el negro, lo cual daba a la ciudad un aspecto luctuoso. Esteban estaba sentado en una cafetería en una de las avenidas más concurridas de la urbe. Se había ocultado en una de las mesas del fondo donde dobla el local junto a una ventana ancha desde la que podía ver la calle que cruzaba con la avenida. Le gustaba ese sitio porque no se veía pasar a tanta gente como en las otras ventanas y así podía disfrutar de la vista aunque, esa tarde, las gotas de lluvia habían cubierto por completo el cristal y la imagen que podía adivinarse apenas era clara, de manera que los peatones parecían almas difusas castigadas por la furia de la tormenta. Había pedido un café con leche, corto de café, la leche templada, con dos azucarillos y en vaso ancho. Le daba vueltas al café con la cucharilla mientras tenía la mirada perdida haciendo resumen de su vida en su cabeza. No había sacado buenas conclusiones hasta ahora pero, quizá, esa tarde podía cambiarlo todo.

Estaba casado desde hacía doce años con Clara, una mujer que tiempo atrás debió de ser muy hermosa. Su inmensa melena cobriza y su alta estatura le conferían un aspecto de indómita amazona. Trabajaba como abogada en una grandísima oficina acristalada en una de las zonas más adineradas de la ciudad. Su especialidad era el derecho mercantil y era muy buena en su trabajo, a tenor de los resultados obtenidos hasta la fecha. Para este tipo de trabajos, es necesario tener un carácter muy fuerte y una mente fría y serena y, por supuesto, Clara tenía todas esas cualidades y más. Era una mujer que sabía valerse por sí sola y no precisaba de nadie que le tendiera la mano pero, tal vez, su gran defecto era que necesitaba mucho espacio para ella misma; a veces necesitaba tanto espacio que no dejaba apenas nada a los demás. Su trabajo no le permitía en muchas ocasiones estar en casa tanto como a ella le hubiese gustado aunque tampoco le suponía un gran problema pues su profesión le permitía poner en práctica todas sus inquietudes y ambiciones.

Esteban y Clara tenían pocas cosas en común y cada día que pasaba tenían menos. Lo único claro que tenían en común y nunca dejarían de tenerlo era su hijo Mario, un niño inteligente como su madre y discreto e introvertido como su padre. Mario había venido al mundo con una sonrisa que había conquistado a las enfermeras del hospital y, en especial, a su madre y, por raro que pudiera parecer, también un poco a su padre. Dicen que tener un hijo es una bendición y el mejor regalo que te pueden hacer en esta vida. Cuando Mario fue concebido, sus padres ya no representaban una pareja ideal y perfecta que fuera modelo para otros jóvenes enamorados, así que su nacimiento supuso un soplo de aire fresco o, quién sabe, lo único que hizo fue empeorar más las cosas.

Esteban quería mucho a su hijo y su esposa y toda la gente que les rodeaba querían mucho a su hijo. Pero Esteban se preguntaba: “¿y ahora quién me quiere a mí?”. La respuesta era complicada no de responder sino de asumir. Él todavía no había comprendido que cuando se tiene un hijo el padre

debe saber colocarse en un segundo plano pues todo debe girar en torno al cuidado y educación de un hijo. Esteban no encajó muy bien este hecho y se convirtió en una persona envidiosa de su propio hijo y muy encerrado en sí mismo.

La relación con su mujer nunca había sido mala: se soportaban; se apoyaban en los momentos difíciles; acudían juntos a todas las reuniones familiares y nunca hablaban mal de los padres ni de los hermanos del otro; se presentaban juntos en las entrevistas con los profesores de su hijo, iban a cenar con sus amigos; tenían muy bien divididas las tareas de la casa e incluso hacían el amor de vez en cuando. Sin embargo, tenía la sensación de que faltaba algo más: todo parecía perfecto pero en realidad no lo era. ¿Cuánto tiempo hacía que no se decían “te quiero”? ¿Cuánto hacía que no se daban un abrazo de verdad o que no se escapaban un fin de semana para estar solos? ¿Cuándo fue la última vez que hicieron algo juntos por primera vez? Ya no hacían travesuras en la oscuridad del cine porque ya no iban al cine, no se miraban a los ojos porque siempre miraban la televisión, no se quedaban solos en el sofá disfrutando de un silencio cómodo porque no sabían disfrutar de las cosas más sencillas y les incomodaba el silencio. A veces, daba la impresión de que, en lugar de aprender de la vida, la vida les estaba haciendo desaprender lo más básico para ser felices y saber vivir el uno con el otro. Aquella tarde, él miraba fijamente por la ventana y se preguntaba cómo había sido posible que hubiesen llegado a esa situación... pero no recibió respuesta alguna. Observaba fijamente cómo caía la lluvia sin cesar mientras se preguntaba si el agua podría hacerle el favor de llevarse todas las penas y fracasos y tirarlos por la alcantarilla para que no volvieran nunca... pero siguió sin recibir respuesta. En realidad, parecía que todo eso lo pensaba solo él pues su mujer siempre estaba de buen humor, se divertía con sus amigos, pocas veces discutía con él, venía eufórica hablando del trabajo cuando había ganado algún caso complicado y lo celebraban con un buen vino tinto, no paraba de hablar de hacer planes juntos que luego ella solía realizarlos con amigas quizá porque él nunca parecía divertirse con nada ni estar dispuesto a moverse de casa. ¿Era todo eso culpa de su carácter? ¿O el egocentrismo de su mujer había desencadenado esa dolorosa situación? Esteban necesitaba contarle a su mujer lo que ocurría si es que ella no se había ya dado cuenta o no quería darse cuenta. Ella tenía que haber notado ciertos comportamientos de su marido que hacían presagiar que lo peor estaba por venir: él evitaba las conversaciones más íntimas en las raras ocasiones que surgían; en la cama, no sabía muy bien cómo aproximarse al cuerpo de su esposa y acariciarlo sin que pareciese que pasaba la mano por un papel de lija...

En estos pensamientos se encontraba cuando miró el reloj y se dio cuenta que faltaban pocos minutos para la hora del encuentro, lo que le hizo diluir sus amargos pensamientos y esbozar una ligera sonrisa. Él no estaba esa tarde en esa cafetería por casualidad pues no era muy amigo de esas cosas a menos que quedara con algún amigo del trabajo para charlar un rato de fútbol, de mujeres, de los demás compañeros y de otros lugares comunes; no, él estaba esperando a alguien que no sabía muy bien cómo era física ni psicológicamente. Sabía lo suficiente de esa persona como para querer provocar un encuentro aunque les hubiese costado a ambos llegar a ese acuerdo. Sabía que su alias era *Happyforever* aunque su nombre real era Amalia, que estaba divorciada de su marido del cual, según ella, por suerte no tuvo ningún hijo aunque ella seguía teniendo ese deseo, que tenían edades parecidas, que no tenían muy claro lo que les gustaba pero sí lo que no les gustaba y que vivían en la misma ciudad.

Esteban llevaba cinco meses chateando con Amalia a través de una página de contactos de la que le había hablado un amigo del trabajo. A él no le llamaban especialmente la atención esas cosas ni creía que las fuera a necesitar hasta que un enorme vacío sentimental se apoderó de él hacía tiempo

y le estaba empezando a invadir todo su cuerpo. Tomó la decisión un día no precisamente especial que estaba solo en casa, así que se metió en la susodicha página y se dio de alta con el alias de *Estebi300*, no lo escogió por nada en particular simplemente porque se acordó de cómo le llamaba su madre de pequeño, pero cuando lo puso en la página esta le avisó que ya existía un usuario con ese nombre y pensó: “otro pobre infeliz al que su madre le gustaba ridiculizar”; como en ese mismo instante se le pasó por la cabeza una película que había visto hace poco de peleas entre espartanos y persas la originalidad hizo el resto. La ficha era fácil de rellenar: poner un correo electrónico, aficiones, lo que buscabas en esa página, algún dato opcional sobre tu físico y una foto. Lo de la foto no lo tenía muy claro pero la página le advertía que recibiría más visitas si adjuntaba una así que, en contra de su voluntad, se hizo una foto en el instante con el teléfono móvil y la subió a la página. En ningún momento pensó en buscar una que tuviera en la galería donde saliera más atractivo o más sonriente, no tenía ninguna gana de ponerse a buscar y decidir por eso puso la primera que se hizo en aquel instante aunque no saliera muy bien. Echó un vistazo a los perfiles de algunas mujeres que salían en el apartado de “Compatibles” y al rato se desconectó y apagó el ordenador.

No volvió a acordarse de ello hasta cuatro días después que volvió a conectarse y comprobó con asombro que tenía diez mensajes en espera, los abrió todos y los leyó uno a uno. La mayoría eran mujeres de otra ciudad, algún hombre despistado que no se fijó en los gustos de Esteban o que querían pasar un buen rato y esto no era lo que él buscaba si bien tampoco tenía claro qué es lo que buscaba realmente. Le llamó la atención el mensaje de una mujer que decía simplemente: “Hola, se te ve un poco triste en la foto, ¿estás bien?” Aquello le dejó sin palabras pues no recordaba cuándo fue la última vez que le habían preguntado eso. Tal vez ese fue el motivo que le impulsó a responder al mensaje. A partir de ahí todo fue un intercambio de preguntas inofensivas que poco a poco se convirtieron en otras más personales. Había tardes que estaban horas enteras conversando de asuntos que ya no podían hablar con la gente de su entorno y empezaron a hacerse pequeñas confidencias que no eran capaces de revelar a nadie que les conociera personalmente. Parecía más fácil hablar de tus problemas a un extraño que solo estaba representado en una pantalla de ordenador; esa era la valentía que nos había propiciado el nuevo mundo de la comunicación, todo parecía más fácil así: pedir una disculpa, dejar una relación, mandar un beso a través de una imagen predeterminada que ni siquiera uno mismo había diseñado, enviar imágenes absurdas como una jirafa que reza “PASA UN BUEN LUNES” o un gato con cara sonriente que te felicita por haber llegado sano y salvo al viernes. No era la forma más corriente de hacer amigos ni hablar de lo que te preocupaba pero el caso era que a él le hacía sentir bien.

En realidad él no hablaba mucho de su vida ni ella tampoco, se dedicaban más a hablar de música, de cine, de literatura y otros asuntos que en boca de otras personas serían conversaciones triviales pero ellos dos habían conectado y disfrutaban compartiendo esos gustos, se reían, a veces algo les emocionaba y soltaban alguna lagrimilla, todo muy correcto hasta que un día ella preguntó:

- ¿Quieres que nos conozcamos en persona?

Esteban enmudeció y reflexionó durante casi un par de minutos hasta que respondió:

- ¿Con qué intención?
- Bueno, cuando nos veamos ya decidiremos qué puede pasar.

Él aceptó y quedaron para el siguiente martes a las seis de la tarde en una cafetería del centro lejos de donde vivían los dos.

Los días posteriores hasta el día de la cita transcurrieron como si fueran meses, ambos no podían evitar escribir lo nerviosos que estaban porque llegara ese gran momento e incluso se les escapó alguna frase más cariñosa de lo normal que no pudieron contener, sin embargo llegaron a un acuerdo y era que no se escribiesen el mismo día de la cita para que fuera más interesante. Aun así él no pudo evitarlo y la escribió desde el ordenador del trabajo a primera hora de la mañana. Consultó la página en varias ocasiones durante todo el día pero no obtuvo respuesta alguna de modo que prefirió dejarlo estar y no estropear el momento. Otra cosa que habían acordado era no darse los números de teléfono hasta que se conocieran un poco más, pues pensaban que así no tendrían la tentación de escribirse en cualquier parte a cualquier hora aunque se murieran de ganas. Cuando Esteban salió de casa esa mañana se dejó el teléfono en la habitación a propósito para que nadie le molestase sobre todo si era su esposa.

Ya habían pasado diez minutos desde que dieran las seis y Amalia no había aparecido. Empezó a removerse inquieto en su asiento y a pensar en todos los planes que quería hacer con ella, estaba dispuesto a hacer las maletas ese mismo día y marcharse con ella donde decidieran, necesitaba una vía de escape, en ese momento no pensaba en su esposa, ni en su hijo, ni en su hogar, ni en todo aquello que tanto tiempo y esfuerzo había costado construir. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un ruido seco en el exterior de la cafetería, algunos clientes del local se levantaron sobresaltados y trataron de adivinar lo que sucedía al otro lado del cristal. Esteban no se movió de su asiento, solo se limitó a regodearse en su mala suerte y a maldecir una y otra vez los pasos en falso que había dado en su vida. Sentía un dolor que no se podía igualar aunque golpease la cabeza cien veces contra un muro, no podía ser que se tratara de otro fracaso, era su especialidad, coleccionar fracasos.

De repente, el grisáceo ambiente de la cafetería se tiñó de un brillante color azul metálico y otro anaranjado parecido a la superficie del Sol. Estos colores bañaron por completo la estancia aliviando el fúnebre aspecto que se había apropiado del lugar durante toda la tarde. Algunos clientes decidieron salir del local para enterarse mejor de por qué habían acudido un coche de la policía y una ambulancia. A Esteban solo le interesaba saber por qué todo lo malo le pasaba a él cuando volvió a mirar el reloj y este le devolvió con amargura la triste noticia: “Lo siento, Esteban. Son las seis y media. Déjalo. Ella ha cambiado de opinión”. Se levantó con tanto esfuerzo que pareció que llevara una pesada losa de piedra sobre su espalda y pidió al camarero de la barra que le cobrara lo consumido. Este le dio las vueltas y le dijo que habían atropellado a alguien justo enfrente como si a él le importase o lo hubiese preguntado. Dejó de propina lo que había sobrado y salió por la puerta trasera para evitar a toda la gente que se había arremolinado en la calle intentando recoger información como las hienas que buscan carne fresca, como si ya no importara que la lluvia les estuviera calando los huesos.

Su primera idea fue volver a casa en taxi lo antes posible para secarse y darse una buena ducha que le ayudara a recuperar las fuerzas pero, en lugar de eso, decidió coger el metro y bajarse en la primera parada que le apeteciese. Poco rato después, se bajó en una estación y salió a un barrio que apenas conocía. Era bastante modesto pero no era peligroso en absoluto. La calle principal estaba llena de tiendas de móviles, de ropa y de pequeños comercios de fruta y la lluvia tenía por allí mucha menos furia así que estuvo deambulando durante horas por aquellas calles sin pensar en nada concreto. Solo miraba los escaparates de forma distraída sin prestar atención en lo que se vendía en cada tienda hasta que algunas de ellas empezaron a echar el cierre.

Hacía largo rato que había dejado de llover y ya estaban todos los comercios cerrados. Muy poca gente se podía ver ya paseando si no era solo para acceder directamente a sus viviendas así que pensó que era el momento de regresar a casa.

Cuando estaba delante de la puerta se dio cuenta de que no sabía muy bien lo que iba a decir y lo que se iba a encontrar cuando entrase de manera que introdujo con sigilo la llave como si hubiera alguna remota posibilidad de que su familia ya estuviera durmiendo, pero todo lo contrario. Su esposa y su hijo salieron rápidamente a recibirlo como nunca antes lo había visto. Clara le miró profundamente aliviada y le preguntó:

- Nos tenías tan preocupados. ¿Dónde estabas? He llamado a algunos compañeros de tu trabajo y nadie sabía nada. Estaba a punto de llamar a la policía. Pensé que te había pasado algo malo.

Le dio un abrazo que le dejó sin respiración, pero no porque se lo hubiese dado con fuerza. Ella lloró muy discretamente en su cuello y sus lágrimas le abrasaron la piel. Mario estaba aferrado a su cintura diciendo lo mucho que lo había echado de menos y que no lo volviera a hacer.

Esteban se quedó sin palabras cuando vio la reacción de su familia y solo pudo decir con la voz quebrada:

- Lo siento, no he tenido un buen día en el trabajo y necesitaba estar solo y pasear para despejarme.
- Podías haber avisado. Además, te has dejado aquí el móvil y no podía comunicarme contigo – respondió su mujer en un tono dulce poco habitual.
- Lo sé, fue un despiste. No volverá a pasar.
- ¿Ha sido muy grave? Lo del trabajo me refiero.
- Nada que no se pueda resolver. Pero no quiero hablar de ello ahora.

Su familia respetó su decisión y cenaron en absoluta armonía y silencio salvo porque Mario no dejaba de levantarse de su silla y dar besos a su padre. Cuando este le llevó a la cama para acostarlo su hijo le sorprendió con algo que nunca hubiera imaginado:

- Papá, no quiero que desaparezcas nunca.

Esteban no fue capaz de decir nada, le dio un beso en la frente a su hijo y le dio las buenas noches. A continuación fue directamente a su dormitorio donde le esperaba su mujer ya acostada y se metió en la cama pensando que estaba dormida.

- Pensaba que te había pasado algo malo o que habías tomado alguna decisión que no habías querido compartir conmigo – dijo su mujer suavemente dándole la espalda-. No me lo perdonaría jamás. Si retrocediera en el tiempo y nos volviésemos a conocer te elegiría otra vez.

Esteban se limitó a meterse en la cama y le dio un beso a su esposa en la cabeza. El aroma de sus cabellos era embriagador y esa noche lo revivió. Apagó la luz y se acercó muy despacio hacia donde estaba Clara. Con toda la dulzura que pudo, acarició su piel; esa noche tenía un tacto diferente.

Tal vez sí es cierto que esa tarde lo cambió todo o, al menos, en parte aunque no fuera como Esteban lo había pensado exactamente.

FIN